

Pues, bien de la picardía de la gente del campo que tiene su, su detalle de humor, de humor que te toma el pelo. Dice que estaba el Pelaillo a la orilla de un camino, y pasó el rey con su carroza, y le dice: “Pelaillo, Pelaillo”, y dice el Pelaillo: “Por los piojos”. Dice: “¿Dónde está tu padre?”, “A por lágrimas para llorar”, porque había ido a comprar cebollas. “¿Y tu madre?”, “Amasando el pan que nos comimos la semana pasada”, porque lo habían pedido prestado y lo tenían que devolver. “¿Y tu hermana?”, dice: “Pagando los gustos del año pasado”, porque estaba embarazada y estaba dando a luz.

Por eso te digo, que la picaresca esa tiene mucha gracia. Total, que tanta gracia le hizo al rey, porque, decía más cosas pero no me acuerdo, y se lo llevó al palacio. Y le dice a sus sabios: “Este chiquillo es capaz de venceros a vosotros”, “Sí...”, que tal y que cual. Llegan allí todos con el capirucho ese que llevaban de estrellas y cosas, y le dice: “Vamos a ver, ¿Cuántos kilómetros, o cuantas leguas hay del sol a la luna?”, entonces no decían kilómetros, y dice: “no sé cuántos, más bien más que menos, una cantidad, y dice: “No, no, no”, dice: “Pues vaya usted y lo mire”. Y así hay tres o cuatro, pero de los otros no me acuerdo, me acuerdo del sol a la luna. Y, entonces, querían quedarse con el, y dice: “No, no, no. A mi no me gusta esta vida”, dice: “como estoy yo en el campo, que las estrellas no me las tengo que poner en el capirucho, que es que las tengo en lo alto de mi cabeza. Y se fue de con el rey y se fue a su casa. Y esa es la historia.